

CAPÍTULO XI.

De los niños.

Aquel sér cuyo nombre maldecido aterra la comarca; aquel otro, blanco de la sangrienta curiosidad del vulgo, que camina hácia el patíbulo para expiar en él sus inauditos crímenes, fueron dos niños inocentes, puros... risueños, ibamos á decir; risueños, no, porque la miseria y la dureza helaron en sus lábios la risa infantil, y en su alma el gérmen de las virtudes. Salvas raras excepciones, el hombre criminal fué un niño desdichado, á quien faltaron buenos ejemplos y caricias. Tengamos esto bien presente, y al ver un niño descalzo, desnudo, hambrien-

to, á quien nadie corrige ni ama, pensemos que abandonado á su mala suerte podrá ser un hombre criminal. Es doloroso ver tantos niños pobres como se pervierten en las calles y en sus casas.

El niño tiene el gérmen de los malos instintos y de las elevadas virtudes: el secreto de la educacion consiste en sofocar los primeros, evitando las ocasiones de que se ejerciten y desarrollen, y en estimular las segundas. Todos nacemos con la facultad de amar y de aborrecer. Si nos rodean con una atmósfera de amor, sólo se desarrollarán los afectos benévolos; los opuestos quedarán eternamente en embrion: ¿á quién hemos de aborrecer? Si por el contrario no hallamos más que hostilidad en derredor nuestro, la facultad de aborrecer entra en una triste

gimnasia, en que ella sola se ejercita: la opuesta se debilita, como un miembro que no se usa; desaparece: ¿á quién hemos de amar? Este es el caso de muchos niños, que no teniendo padres ó siendo estos viciosos y perversos, no representan en la familia más que una pesada carga. Como la infancia exige tantos y tan incesantes cuidados; como necesita tantos sacrificios de parte de los que han de protegerla, Dios ha puesto el más poderoso y el más noble de los instintos para ampararla; pero este instinto se debilita muchas veces por la miseria y por el vicio.

Para comprender la conducta de ciertos jefes de familia, es preciso recordar que fueron tratados por sus padres lo mismo que tratan á sus hijos. No hay sólo la *indigencia hereditaria*, hay tambien culpable abandono

y dureza hereditaria. ¡Triste herencia recogida fatalmente de generacion en generacion, para desgracia de todas! Vemos pues á un hombre, á una mujer, que harán de sus hijos lo que sus padres hicieron de ellos: el mal es grave, y la caridad necesita todos sus esfuerzos para aminorarle, unas veces á consecuencia del vicio, de la miseria otras, porque la miseria debilita el cuerpo y deprava el alma. Ese niño tiene hambre, tiene frio, su vida moral parece que no existe; está dominado por dos ideas fijas, comer y calentarse. Su madre tiene frio y hambre, se ha acostumbrado á oirle llorar á él y á sus hermanos; miró su nacimiento como una desgracia, mira su existencia como un peso, es indiferente á sus gracias, dura con sus faltas, le dá pan cuando lo tiene, pero no le dá caricias.

¡Qué vá á ser de ese pobre niño, que no oyó nunca de la boca de su madre: —*bendito seas!* Será el hombre que llamamos perverso, duro, y cuyos hijos debe amparar el visitador del pobre.

Segun los grados del mal debe variar la clase del remedio. Hay familias tan pervertidas, que no queda otro recurso que apartarlas de sus hijos, á lo cual ño se oponen. Si son muy pequeños, la dificultad es grande, porque ni pueden colocarse en aprendizaje, ó donde presten algun servicio por el que ganen la comida, ni será fácil que los reciban en los establecimientos de beneficencia, donde se atiende á los huérfanos que dejan la miseria ó la muerte, más bien que á los que deja el vicio. Si no nos fuere dado separar al niño de su viciosa familia, amparémosle allí cuanto nos sea posible, pro-

tejámosle contra la brutalidad de sus padres, inspirémosle ódio á sus vicios, que él tendrá propension á mirar como odiosos, procurando salvar el amor y el respeto que debe á los autores de sus dias. Si, por ejemplo, ve venir á su padre embriagado, digámosle:— Hijo mio, tu pobre padre es bien infeliz; gasta su caudal para comprar el desprecio y acaso el ódio de los que le miran, y ademas pierde su salud y su tranquilidad, y todos estos males le vienen de haber presenciado, desde que era pequeñito como tú, malos ejemplos, y no haber tenido, como tú tienes, una persona que le amparase contra ellos. Aunque extraviado, es siempre tu padre, le debes la vida; y dejando á Dios el derecho de juzgarle, tú no tienes más que el de apartarte del camino que sigue, cuando sea malo.

Compadécele porque no tuvo, como tú, una mano que le sostuviese; prepárate para darle el buen ejemplo, que no ha podido darte: ¿quién sabe si á la vista de tus virtudes, enfrenará sus vicios; quién sabe si algun dia, extendiendo hácia tí sus débiles manos, te dirá con lágrimas—¡Bendito seas, hijo mio, te debo la tranquilidad de los años que me restan, y si el Señor me perdona te deberé la salvacion de mi alma!— Ahora compadezcámosle, y roguemos á Dios, para que se apiade de su miseria: ruégale tú, á quien escuchará mejor, porque eres inocente y porque eres su hijo.

Procuremos siempre salvar la dignidad de los superiores, no reprendiéndolos nunca delante de sus inferiores, y alejemos al niño ántes de echar en cara á los padres su dureza ó su descui-

do, faltas en que suelen incurrir con frecuencia. La buena educacion exige una vigilancia continua, frecuentes reprensiones y prohibiciones, que evitan los grandes castigos evitando las grandes faltas. Los pobres suelen hacer todo lo contrario; dejan á sus hijos en el mayor abandono durante la semana ó el mes, hagan lo que quieran, y como es imposible que dejen de hacer algo malo, llega una hora, ó un dia, en que los castigan, maltratándolos con la mayor dureza: pasada aquella explosion, el niño vuelve á tener libertad de hacer lo que le parece, y vuelve á hacer mal. Esforcémonos para evitar estas alternativas, que depravan entecamente al niño por la libertad de que abusa, por la crueldad que le endurece, y por la injusticia que le pervierte.

Procuremos que el niño vaya á la es-

cuela, aunque sea muy pequeño, ménos por lo que puede aprender allí, que para evitar lo que aprenderia en su casa y en la calle. El primer dia vayamos nosotros mismos á llevarle; el niño que va con temor se animará, nos lo agradecerá mucho, y el maestro le tratará con más consideracion. Volvamos con frecuencia á informarnos de nuestro protegido: si su conducta es buena, elogiémosle en presencia de todos; si no, esperemos á estar solos con él para reprenderle, enseñándole alguna chuchería, que tenemos el disgusto de no poderle dar, porque no la merece. Hagamos lo posible porque el niño vaya decentemente vestido; si no se burlarán de él sus compañeros, y los niños son extraordinariamente sensibles al ridículo, hasta el punto de arrostrar algunos la cólera de sus padres,

antes que ir á la escuela en que les *ponen mote*s. Como el niño pobre no tiene la culpa de serlo, la burla que se refiere á su traje es de las más injustas, y esto bastaría tal vez para depravarle, porque no hay cosa que más pervierta que la injusticia. Importa pues mucho que nuestro niño vaya vestido con decencia, y como hay que contar poco con el esmero de su madre para cuidarle la ropa, convendrá interesar su amor propio para que él no la destruya mucho. Si tal vez nos parece que hay el riesgo de hacerle vano, este extremo será ménos temible que el opuesto.

Los dias festivos son un terrible escollo para el pobre, de cualquiera edad que sea: la ociosidad es en sus manos un arma de cien bocas, que se dispara en todas direcciones, sin que él sepa

cómo. El día en que no hay escuela, el niño pobre tiene el mal ejemplo de su casa y de la calle, el riesgo de que le coja el coche que pasa, de caerse del alto corredor en que brinca, ó al pozo que nadie tapa: como no hay quien le vigile, sus travesuras van graduándose hasta convertirse muchas veces en verdaderas maldades, que sus compañeros aplauden, que los vecinos denuncian y que sus padres castigan con dureza: el día de fiesta suele acabar para él tristemente, y cuando ménos es una mala lección. Reuniéndose algunas personas caritativas, sería bien fácil alternar en la custodia que necesitan los niños pobres los días festivos. ¿Veis esas criaturas que hacen ese ruido infernal, que se entretienen en manchar los vestidos de los que pasan, que fuman, que blasfeman maquinal-

mente , que juegan á la baraja , que se combinan para adquirir por cualquier medio algun dinero con que dar pábulo á sus nacientes vicios ? ¿Quereis verlos trasformados ? Sacadlos al campo. Vereis qué felices y qué buenos son, jugando con agua , con tierra , y respirando aire puro en un sitio bañado por el sol. Vereis cómo hacen casas , y reúnen plantas y flores , y buscan insectos, é inventan mil juegos, en que ejercitan su cuerpo sin depravar su alma. Su felicidad será mayor si para amenizar sus juegos les comprais algunos objetos con que puedan variarlos, y no tendrá límites si añadís un poco de pan y queso. Vereis con qué impaciencia esperan la hora en que vais por ellos, y cómo os aman ; y cuando al ponerse el sol les hagais notar la belleza de las nubes que le reflejan, y la melancólica

magnificencia de ese espectáculo, que diciéndonos—¡Tienes un día menos!— parece preguntarnos—¿Qué empleo has hecho de él?—vereis cómo están dispuestos á rezar con vos la oracion de la tarde, y á volver á sus casas, mejores y más dichosos que salieron de ellas.

Para sostener los sentimientos religiosos de nuestro niño, no sólo habremos de suplir el vacío que sus padres dejan, sino neutralizar el efecto de sus malos ejemplos. No basta llevarle á misa, hay que decirle que su padre no va y blasfema, porque no sabe lo que dice ni lo que hace: que de la ignorancia y de la corrupcion resulta una terrible enfermedad del alma, que se llama impiedad: el niño tiene propension á creer esto, porque se lo dice una persona que es mejor y sabe más que su

padre. Roguemos á este que no nos contrarie en la educacion religiosa de su hijo. Podemos decirle que, aun suponiendo que fuesen patrañas lo que enseñamos, ¿á qué conducen? Á que su hijo le ame y le respete hasta donde es posible, á que sea sóbrio, trabajador y paciente; cosas todas que le convienen mucho, por lo cual es de esperar que, al ménos en la mayor parte de los casos, no se oponga á nuestra obra.

Debemos ver con toda la frecuencia posible á nuestro niño, ya en su casa, ya en la escuela, ó en el establecimiento benéfico, ó en casa del maestro donde le hayamos puesto en aprendizaje. Que ni á él ni á los que le rodean les ocurra la idea de que está solo en el mundo, sino que, por el contrario, sepan que hay una persona que vigila y se interesa eficazmente en su suerte.

El trato frecuente nos pondrá también en estado de estudiar su aptitud é inclinaciones, estudio indispensable para dirigirle. La eficacia de un castigo ó de un estímulo varía según el carácter del niño á quien se dirige, y la vocación que no se vé ó no se respeta le hace desgraciado y le pervierte.

Á veces decimos—este niño tiene inclinación á tal cosa, ó bien, no manifiesta inclinarse á nada,—y en los dos casos nos engañamos. Es fácil equivocar la aptitud con el instinto de imitación, que hace al niño educable y le impele á repetir los actos que presencia muchas veces: es fácil también que la aptitud de un niño no se haya manifestado, porque en el limitado círculo en que vive no vió el objeto que debía despertarla: observemos bien el nuestro para no hacerle seguir un ca-

mino diferente del que le trazó la naturaleza: su felicidad y su virtud se interesan en ello igualmente.

Pero lo que debemos procurar con más cuidado es inspirarle cariño. Que sus disposiciones benévolas no queden en eterno letargo por falta de acción; que sienta, que agradezca, que ame; y este amor será el hilo que le conducirá fuera del laberinto de vicios en que le colocó su mala suerte. Hay niños que, incorregibles para sus padres que los maltratan, se corrigen por amor y respeto hacia una persona que reconocen muy superior á ellos, y que los trata con cariño. El niño que se vé maltratado y abandonado de todos, está dispuesto á hacer mucho por la única persona á quien ama y de quien es amado.

Hay pobres, y son los más, que no descuidan la educación de sus hijos de-

liberadamente, sino por ignorancia, por desidia y porque sus circunstancias hacen muy difícil que los atiendan más que en la parte material, y aun esto con trabajo. En este caso, cuando existe el lazo del cariño, es más fácil la tarea del visitador del pobre. Traza un plan de educacion acomodado á las circunstancias, y basado siempre en amparar al niño sin abrumarle, en apartarle de la calle y malos ejemplos, en estimular sus sentimientos benévolos y generosos, y en conducirle más bien con la esperanza del premio que por el temor del castigo: exhorta, aconseja, enseña, apoya, auxilia y saca siempre algun fruto.

Para no desesperar, para no calificar de indigno de nuestra proteccion al niño que no se corrige, y al padre que no pone en práctica los medios de

corregirle, debemos tener muy en cuenta sus malas circunstancias y hasta qué punto la miseria endurece, exaspera, debilita y hace poco ménos que imposibles la dulzura, la constancia y la fuerza que la educacion necesita.— ¡Cómo castiga V. tan cruelmente á esa pobre niña? decia una señora á cierta mujer del pueblo, que maltrataba á su hija.— ¡Está una tan desesperada! la contestó.— ¡Vaya una razon! diremos. ¡Oh, sí, una fuerte, una terrible razon! ¡Es tan difícil que sea bueno, que sea justo, el que está desesperado!

CAPÍTULO XII.

De los encarcelados.

Nuestro pobre podrá ser conducido á la cárcel por la calumnia ó por la